ADALINDA.

I.

EL muy alto y poderoso rey Carlo Magno fué muy inclinado al amor, según cuentan las crónicas; y esa debilidad de su gran carácter, fué compañera de su vida.

En medio de las vastas empresas que acometió y llevó á feliz término—como restaurar las letras y la civilización europeas—supo darse suficiente vagar para rendir culto á las hermosas. Mientras unía los reinos de Austrasia y de Burgondia, destruía á los longobardos, vencía á Witikendo, conquistaba la Marca de España, aniquilaba á los hunos y era coronado por el Papa emperador de Occidente, pasaba de los brazos de una beldad á los de otra, y quemaba el in-

cienso de su admiración en el altar de todas las diosas.

Desiderata, Himiltruda, Hildegarda, Mathalgarda, Lwitgarda, Gherwinda, Regina y otras muchas mujeres francesas, alemanas, sajonas é italianas fueron el objeto de sus rendidos homenajes. Divorcios y concubinatos á granel regístranse en la vida de este héroe semi-civilizado y semi-bárbaro. Tomó el nombre de David como una divisa—tal vez como un programa—y fué guerrero como el rey de Israel, como él poeta, y también como él entusiasta por el bello sexo. Bajo este último aspecto, tuvo más semejanza con Salomón, rey sabio que hizo las mayores tonterías de la historia.

Su secretario, sobrino é historiador Eghinardo, le pinta al natural con estas sencillas palabras: "¡Le très sage Karle fut fort adonné aux femmes jusque dans sa vieillesse!"

II.

Al volver de una de las campañas contra los siempre vencidos y nunca subyugados sajones, estableció Carlos sus cuarteles de invierno en Aquisgram ó Agrisgrani, pue-

blo arruinado de romano origen, donde se había mecido su cuna.

Lleno de castos recuerdos latió ahí su corazón; y dando tregua á las bélicas faenas, tornóse romántico á la vista de aquellos sitios donde pasaron los primeros años de su vida. A pie y sin acompañamiento de cortesanos, recorrió varias veces las cercanías consagradas por sus tiernos y puros recuerdos, y meditaba y suspiraba pensando en aquella lejana niñez, prólogo de su gloriosa existencia.

Cierta ocasión, absorto en sus recuerdos, anduvo gran trecho lejos del pueblo; el cansancio le avisó que la carrera había sido larga, y quiso tomar reposo.

Al abrigo de una arboleda deshojada por el frío, distinguió una pobre choza, cuya puerta de par en par, parecía brindarle hospitalidad cariñosa. Entró por ella el César, y halló en el interior á una sencilla campesina que se ocupaba en humildes labores.

—Con tu permiso, niña—díjola el rey al entrar—he andado mucho y me siento fatigado. ¿Me permites descansar algunos momentos?

—Entrad, señor caballero—dijo la joven con dulzura—y reposad cuanto queráis.

—¿Qué haces?—preguntola el rey distraído.

—Preparo la colación de mi padre.

—¿Quién es tu padre?

—Soldado del rey.

—¿Y tu madre?

—Murió al darme á luz.

—¿Cómo te llamas?

—Adalinda.

—Hermoso nombre, á fe mía—repuso Carlos fijando en ella los ojos—y lo mereces, porque eres muy linda.

Ruborizóse intensamente al oírle la campesina.

El rey la devoró con la mirada. Tendría dieciocho años. La blancura alabastrina de su cutis tornábase del color de las rosas en las frescas mejillas; su boca roja y pequeña era nido de gracias y de sonrisas; y sus ojos de un azul purísimo, tenían la melancolía de los lagos germánicos.

Mientras duró la contemplación del rey, roja como una amapola, permaneció la doncella con los ojos bajos.

—Por la virgen María—exclamó al fin

Carlos—nunca he visto hermosura como la tuya. No debes vivir en humilde choza. Tus pies han sido hechos á hollar palacios, tus ojos á dictar leyes, tus manos á empuñar cetros.

Avezado por larga práctica á las conquistas de amor tanto como á las guerreras, mostraba el rey en aquellos momentos, aunque sentado en escabel rústico, la misma solemnidad que al presidir los concilios.

Adalinda sentía sin explicárselo la influencia dominadora de aquella majestad, y se replegaba sobre sí misma, dando creces á sus encantos la misma turbación.

¿Qué es la inocencia? ¿qué el rubor? ¿qué la pura timidez de los primeros años? ¿Es el sobresalto de la virtud ó el vago afán de las pasiones? Hay algo de celestialmente inexplicable en el aspecto de una virgen, cuando al contacto de una mirada, se estremece como si recibiera una descarga eléctrica. Si todas esas turbaciones son puras, ¿por qué no las respeta el hombre? ¿por qué no las venera desde lejos? Mas la timidez virginal funciona como cebo amoroso; y á medida que crece la turbación de la inocencia, aumenta la osadía del deseo.

Así el rey admiró más á Adalinda á compás de la turbación de ella; y sintió crecer su fuego con el espanto de la joven. También la influencia del gallardo monarca fué enseñoreándose poco á poco del espíritu de Adalinda. La prestancia de Carlos, su aspecto grandioso, el sello de superioridad y soberanía que resplandecía en su continente, dominaban su hermosa persona; mas su blancura marmórea, sus grandes y expresivos ojos, su barba sedosa y rubia, y su cabellera larga y blonda, daban gracia y quitaban severidad á su conjunto. Donde quiera que Carlos se mostrase, ora al frente de sus huestes, ora presidiendo las capitulares ó sentado en el trono, era siempre el rey, siempre el soberano.

La joven inexperta sentía más que nadie la influencia de aquel regio aspecto. Desde que vió entrar al rey en la choza, comprendió que aquel desconocido era un gran señor; una ojeada le bastó también para darse cuenta de que era un buen mozo. Así que la causa de su turbación era doble; provenía por una parte de su inocencia, mas por otra de la gallardía y de las discretas razones del huésped. Peritísimo era el rey en amorosas

empresas, seductora su palabra, como conjuro de mago é irresistible el timbre de su voz cariñosa. Adalinda le escuchó como quien oye blanda y desconocida música, sin comprenderle casi, pero hallando infinito placer en escucharle.

Seguro de sí mismo, Carlos fué ganando terreno en el corazón de Adalinda; hiciéronse sus frases á cada momento más persuasivas, y su voz más cadenciosa é irresistible. Dominada por aquella fascinación, la joven después de tímida lucha, dió muestras de dulce correspondencia en rápidas miradas, blandas sonrisas y suspiros entrecortados.

¿Era liviana? ¿Existía latente en su virgen naturaleza el germen de las inclinaciones aviesas? No; era pura. Había escuchado con desdén otras confesiones amorosas; nobles y pecheros habíanla requerido de amores sin lograr conmoverla. Pero ante Carlos, ¿quién podía resistir? Era el huracán soplando sobre débil caña; el torrente arrebatando la arena color de oro; el torbellino tronchando la flor y arrebatándola en sus espirales. La virtud y la resistencia femeninas suelen depender de las circunstancias;

tal vez Lucrecia no se hubiera suicidado, si Sexto Tarquino hubiese sido un buen mozo.

¡Felices las mujeres que sienten la superioridad del hombre de quien pueden ser legítimas compañeras! ¡Desdichadas las que son arrastradas por un amor que no puede bendecir el cielo!

Declinaba la tarde y se despidió Carlos prometiendo volver. Adalinda aceptó la oferta con tanta timidez como alegría.

—¿Sabes quien soy?—preguntóla Carlos.

—Un gran señor— dijo ella.

—El rey— concluyó éste al partir.

III.

El rostro de la mujer hermosa, según los griegos, tiene mucho de divino. ¿Qué cosa más encantadora puede concebirse? Ni la triunfal aurora, ni el sol poniente, ni la noche coronada de estrellas, ni el mar, espejo del cielo, ni el bosque, albergue de pájaros, ni el vergel cuajado de mariposas de doradas alas, producen en la mirada ni en el corazón la emoción profunda y el delirio dulcísimo que causan unos ojos rasgados, una

boca purpurina y una risa canora. No hay en la naturaleza espectáculo más hermoso que el de un rostro bello; ni hay grandeza ni gloria en el mundo como las del amor.

No luchó Carlos por combatir aquella tierna afición. Visitó á la campesina desde aquel día con asidua constancia, y á fuerza de finezas y de ruegos, logró vencer su resistencia. Así pasó el padre de la joven de simple soldado á jefe de elevada categoría, y Adalinda, saliendo de su humilde tugurio, fuese á habitar el palacio de Aquisgram en compañía de su regio amante.

Echaba el invierno á la sazón sobre la naturaleza su blanco sudario de muerte, y reinaba el silencio en los campos; pero en el corazón de Carlos y Adalinda todo sonreía, y brillaba el sol en su cenit. Así pasaron los días rápidos para ellos, consagrados á contemplarse y á quererse, sin sentir el curso de las horas, como si su mano dichosa hubiese descubierto el secreto de parar el reloj del tiempo.

La historia del amor, como la verdad, es siempre vieja y siempre nueva; sus idilios tienen la misma frescura que los primeros que se representaron bajo el manto azul de

los cielos. El amor es como la luz que todos los días nos alumbra y siempre nos encanta.

Pasó el invierno y el rey no se daba prisa á reanudar la campaña. Glorias militares, ambición, anhelos religiosos, todo lo olvidaba al lado de Adalinda. Los condes y barones de sus huestes le recordaron al fin sus deberes. Hasta entonces, como quien despierta de un sueño, publicó su bando de guerra y se dispuso al combate.

Lloraba Adalinda al verle partir, sintiendo que se le desgarraba el corazón. Carlos enjugaba sus lágrimas y le decía:

—Corta será mi ausencia; pronto volveré á tus brazos.

—¡Quién sabe!—repuso la joven.—Tal vez no tornaremos á vernos.

—¡Quién lo duda!—prosiguió el rey—Aun nos sonríe la vida con sus encantos, y no debemos pensar en la muerte.

—Partís para la guerra y mil peligros os aguardan.

—No temas: tu genio tutelar me salva de todos los riesgos.

—¡Quiera Dios volver á reunirnos!

—¡El lo haga!

—Hasta la vista, adorada Adalinda.

—Ansiosa os aguardo, rey y señor mío.

Así se separaron los amantes.

Desfilaron las huestes frente á la ventana de Adalinda. Las férreas armaduras y las picas bruñidas arrojaban vivos reflejos; agitábanse los penachos de plumas como campo cubierto de espigas; y asordaban el aire confusos y revueltos sonidos de choque de armas, piafar de caballos y marcha de peones monótona y acompasada.

Sonaban alegremente los clarines y redoblaban los atambores, y todo aquel ruido primero atronador, débil más tarde, fuese perdiendo á lo lejos, hasta que el pueblo de Aquisgram quedó sumido en profundo silencio.

—¡Ah!—dijo Adalinda al morir la última nota—algo me avisa que no volveré á verle.

Y llevándose la diestra al corazón, echose á llorar con desconsuelo.

IV

Estaban los sajones en gran parte quietos y sumisos. La Westfalia y la Ostfalia no salían de su silencio; pero en las playas del Mar del Norte, en los pantanos del Bajo-

Weser y del Bajo-Elba y en la belicosa Dinamarca, fermentaban las pasiones y todos corrían á las armas.

La presencia del héroe franco á la cabeza de su ejército bastó para que los rebeldes perdiesen sus bríos. La campaña se redujo á algunas escaramuzas, y fué coronada por un triunfo tan fácil como espléndido.

El rey, que siempre había sido humanitario y generoso, indignado esta vez por la rebeldía de los sajones, mostrose por todo extremo rigoroso. A la usanza de los conquistadores asiáticos que trasplantaban de una región á otra á los pueblos vencidos, cual si fuesen manadas de ovejas; como los reyes de Babilonia arrancaron de Palestina á los Israelitas y los de Persia á los Griegos del Asia Menor; así Carlomagno arrancó á los pueblos de Wignodia, del Holstein y de Rosogaw, de su tierra natal, y los transportó á suelo distante. Exterminó numerosos vencidos, trasladó á los habitantes de las riberas del Elba con sus mujeres é hijos á la Galia y la Germania, y dió su país á los obotritas. El rey de Dinamarca, aunque avanzó con su flota y su caballería

hasta la última aldea de la península, no se atrevió á socorrer á los vencidos.

La heroica Sajonia acababa de dar el último suspiro. Los pocos de sus hijos que quedaron en su suelo, cautivos y perseguidos por los beneficiarios franco-germanos, fueron extranjeros en su patria y perdieron los derechos de herencia y propiedad por la violación del juramento de vasallaje.

Poderosamente contribuyó á que el rey desplegase rigor tan desusado, el deseo que tenía de concluir para siempre aquella lucha tan larga y repetida, á fin de volver á los brazos de su amada.

Y tornó el rey á Austrasia con el corazón lleno de alegría.

Entró victorioso por las calles de Aquisgram, y aunque el lugar era humilde y despoblado, parecióle que nunca marcha triunfal había sido más espléndida. Arcos de triunfo, lluvias de flores, músicas alegres, vítores atronadores, toda esa pompa deslumbrante de la victoria, aparecía pálida á sus ojos, ante la dulce esperanza de obtener una mirada de admiración y una sonrisa de amor de los labios de Adalinda.

Sólo el amor sabe premiar cumplidamen-

te los grandes hechos. Cuanto hacen el guerrero, el sabio, el poeta con afanes, estudios y ensueños; todos los laureles que conquistan en cualquier lucha, los quieren sólo para arrojarlos á las plantas de la hermosura. Una mirada tierna de la mujer querida es la luz más gloriosa que puede iluminar la frente del héroe ó del genio. El amor es un triunfo más codiciado que las ovaciones de la Vía Sacra ó del Capitolio. La mujer espera, recojida en sus hogares, y lucha en tanto el hombre en medio de mortales riesgos; y al regresar victorioso de sus empresas, ofrécela arrodillado los despojos ópimos que ganó en el combate.

Pero Carlos no vió á Adalinda asomada á la ventana; la mirada del amor no iluminó su triunfo.

Con el corazón traspasado por dolorosos presentimientos, corrió á su hogar desolado, ansioso por estrechar entre sus brazos á aquella niña hermosa, la más amada de cuantas mujeres había querido.

Adalinda yacía en el lecho del dolor. La ausencia, los temores que le inspiró la suerte de Carlos, acaso el mismo fuego de su amor, habían consumido sus fuerzas en el

transcurso de unos cuantos meses. Bella parecía aún, más bella que nunca; pero su belleza no era ya de este mundo. Era una hermosura inmaterial, como la de los ángeles incorpóreos.

—Vuelvo á veros—dijo á Carlos—y me parece mentira. Creía morir durante vuestra ausencia. ¡Cuánto tiempo os he aguardo, y con cuánto afán! Sólo el deseo de gozar esta dicha, ha podido mantenerme la vida. Ahora muero dichosa. ¡Adiós! ¡No me olvidéis!

Así dijo, y estrechando convulsivamente la mano de Carlos, expiró con dulce quietud.

V

El dolor del rey fué inmenso. ¿Qué le importaban triunfos, gloria, imperio, ni cuantas grandezas poseía? Solo se hallaba con su dolor, y el vano fausto que le rodeaba, no podía mitigar en lo más mínimo su pesadumbre. Todo lo olvidó en aquellos momentos supremos, y abrazado al cadáver de Adalinda, llamábala con los nombres más dulces, le prodigaba insensatas caricias y

bañaba aquel rostro marchito y aquellas manos heladas, con sus calientes lágrimas.

Así pasó un día y otro sin que el rey se apartase de aquel cuerpo inerte. Los cortesanos comenzaron á temer por la vida del monarca.

Llamado por los nobles que rodeaban á Carlos, vino Alcuino, el sacerdote más sabio de su tiempo, el amigo predilecto del monarca, y en vano trató de arrancar á su señor del lado del cadáver, que comenzaba á exhalar emanaciones pestilentes.

En aquel trance difícil, reunió Alcuino un capítulo, formado por obispos y abades, y el concilio, después de discusiones acaloradas, resolvió que Carlos era víctima de un hechizo, pues ni en el carácter del gran rey, ni en su circunspección y rango, cabían naturalmente aquel exceso de dolor, ni aquella obstinación en abrazar á una muerta.

Y así fué que, aprovechando un instante en que el rey, rendido por la fatiga y el sufrimiento, quedóse sumido en profundo sopor, procedióse al exámen del cadáver, buscando en él algún amuleto ó signo por donde pudiese conocerse el hechizo. Inútil llegó á parecer la tarea, pues nada sospechoso pudo hallarse en aquel cuerpo; mas cuando ya se removía el monarca próximo á despertar, tuvo Alcuino la salvadora inspiración de examinar la boca de Adalinda. Luego se vió, debajo de la lengua aterida, una gran perla del oriente más hermoso. Extraido el amuleto, los obispos y abades salieron del aposento, y dejaron nuevamente á solas al rey con el cadáver, esperando que la sustracción produjese los resultados que presumían.

Y sucedió, en efecto, que al despertar el rey, entró en razón, y convino, como quien sale de una pesadilla, en separarse de Adalinda, y en que fuese devuelto el cadáver á la madre tierra.

Entretanto, Alcuino, los abades y los obispos, deseando destruir la virtud mágica del sortilegio, arrojaron la perla en un pantano que se hallaba á la orilla del pueblo.

Extraño suceso. En el instante en que se hundió la perla en el cieno, llegó Carlos llorando, y dijo que aquel lugar era sagrado, y que allí quería que fuese Adalinda sepultada.

Preciso fué ejecutar su voluntad.

—Aquí me edificaré un palacio—dijo Car-

los - desde donde daré leyes al occidente; aquí levantaré un templo suntuoso, que será la admiración de las generaciones venideras. Aquí viviré, aquí moriré, y mi cuerpo reposará al lado de esa mujer á quien amé tanto.

Y como por ensalmo, del fondo de los bosques de Austrasia, se elevaron en un momento un gran palacio y una basílica monumental.

Las sumisas Roma y Rávena dieron mármoles y mosaicos para aquellos edificios y una nube de operarios trabajó noche y día en la construcción de ambas obras, dignas de Córdoba y Bizancio.

¿Quién podría fijar el verdadero origen de los hechos y de las cosas? Las explicaciones pomposas que de ellos se dan á las veces, suelen ser gratuitas y falsas. Causas íntimas, y á veces pequeñas, dan nacimiento á hazañas y monumentos. Así, el amor es el origen de la imperial Aix-la-Chapelle.

VI.

Pasaron los años y Carlomagno volvió á amar y á ser amado; pero su corazón no latió ya como en aquellos hermosos días, en

que su alma se embriagó con el perfume del breve amor de Adalinda. En el fondo de su corazón se conservó imborrable la imagen de aquella joven bellísima, cuyo cariño brilló para su alma como el fuego de un relámpago deslumbrador.

Al lado de la historia del corazón, se agrupan los episodios del capricho; pero estos vanos incidentes, no son mas que irradiaciones de un solo sentimiento, como en torno de la flor brotan y se colocan los pétalos matizados. Siente el hombre hasta la tumba la necesidad de amar; pero una sola alma es la que entiende el lenguaje de la nuestra, porque Dios formó los espíritus por pares amorosos.

Al fin, Carlomagno, cargado de años y de gloria, murió en Aix-la-Chapelle, murmurando el nombre de Adalinda.

Su cuerpo, solemnemente embalsamado y revestido con las insignias imperiales, fué inhumado en la basílica que él había construido. Bajo la obscura bóveda sepulcral, fué colocado en silla de oro, con la invicta espada al lado, con el Evangelio entre las manos, y alta la frente y ceñida de dorada diadema, donde se veían incrustaciones de ma-

dera de la cruz del Salvador. Impregnóse de aromas el sepulcro. Delante del asiento, sobre reluciente bandeja, fueron puestos el cetro de oro, dominador del vasto imperio occidental, y el aureo escudo bendito por el papa León.

Sobre la tumba cerrada y sellada, levantóse un monumento fúnebre, coronado con la imagen del soberano y señalado con esta inscripción:

"Bajo esta tumba yace el cuerpo de Carlos, grande y ortodoxo emperador, que engrandeció gloriosamente el reino de los Francos, y lo gobernó felizmente durante cuarenta y siete años. Nadie podrá decir cuántas quejas y cuánto duelo hubo á causa de él en toda la tierra; aun los paganos mismos le lloraron como al padre del mundo."

Las palabras de Carlomagno fueron así cumplidas al pie de la letra; pues desde la muerte de Adalinda, vivió el gran rey en Aix, allí murió y sus cenizas fueron depositadas en el mismo lugar donde había sido inhumado el cuerpo de aquella mujer adorada.

EL ARPA.